

## Un problema urgente de análisis institucional

# La Guardia Civil española en el corazón de la dialéctica Ejército - pueblo

Por RICARDO DE LA CIERVA

Profesor de Historia de las Ideas y de las formas políticas en la Universidad de Madrid (Sección de Historia de la Fac. de Fil. y Letras)

### I.—UN EJEMPLO HIRIENTE DE FALSEAMIENTO HISTORICO.

Pocas instituciones de la historia contemporánea han sufrido un proceso de distorsión y de falseamiento histórico tan acusado y tan injusto como la Guardia Civil española. Basta con asomarse a las páginas de las síntesis históricas más difundidas para ver que el tema de la Guardia Civil, que para todo observador imparcial de la realidad española se adivina como fundamental y profundo, queda despachado en unas cuantas líneas intrascendentes, casi nunca apuntaladas por una sola cita documental. Renunciamos a reproducir aquí ni siquiera una selección de citas que provocarían de seguro la indignación del lector, consciente de que a un investigador de la difícil historia contemporánea española cabe exigirle al menos una cierta base de responsabilidad personal y de conocimiento de nuestras instituciones básicas.

En este tema, como en tantos otros, numerosos historiadores extranjeros han sido víctimas de la propaganda histórica, virus que se ha introducido en sus obras por una serie de motivos muy complicados en los que no podemos entrar, y que no ha sido contrarrestado por la necesaria postura aséptica de los historiadores españoles, remisos en este terreno como en tantos otros, y olvidados de que no se puede construir seriamente un esquema de la historia contemporánea española sin montar antes un adecuado análisis de nuestras instituciones fundamentales. La propaganda de unos, pues, y la desidia de otros ha dejado el campo abierto a las interpretaciones partidistas, a las deformaciones «folklóricas»; hasta el punto de que se ha otorgado carta de naturaleza histórica a calumnias y resentimientos bien poco históricos, nacidos de

confusas situaciones personales, envueltos a veces en un ropaje literario irresistible... para quienes desconocen por completo lo más elemental de la realidad histórica española, lo más obvio de la vida de nuestras ciudades y de nuestros campos. La imagen histórica de la Guardia Civil fuera de nuestras fronteras —unas fronteras vigiladas por ella con tanto celo y tanta eficacia— se ha configurado por profesionales hostiles que han preferido apelar al símbolo fácil, demagógico, bastardo, antes que dedicarse seriamente a profundizar con la única luz que está a disposición del historiador: las fuentes históricas. Y sin esa luz auténtica las interpretaciones inciden en lo deforme y en lo grotesco. Es muy curioso que los representantes más conspicuos de la historiografía liberal, olvidándose de la consagración que los textos básicos de sus programas políticos hicieron descender sobre los conceptos de orden y policía, desenfocuen de tal manera sus objetivos cuando estudian la historia de la Guardia Civil española que nos entreguen una imagen que parece arrancada de un folleto de propaganda anarquista del siglo XIX. Si sus ataques se llevan a las consecuencias inmediatas se deduciría de ellos no una condenación de la Guardia Civil española, sino una repulsa de todo el sistema de orden y convivencia legal, sin los cuales es imposible la vida en cualquier país civilizado de Occidente.

Entre las últimas aberraciones de este tipo señalemos, como más conocidas, las que se contienen en los libros históricos de Hugh Thomas, Gabriel Jackson, Pierre Broué-Emile Témime; incapaces de interpretar en sus verdaderas dimensiones los problemas históricos de la Guardia Civil, tal vez por eso prescinden de toda confrontación histórica y se limitan a repetir viejos argumentos sin base alguna. La verdad, naturalmente, se va imponiendo, y el último de los grandes historiadores extranjeros que han abordado la síntesis de la España contemporánea, Raymond Carr, profundiza bastante más cuando entre los logros de la etapa moderada que se abrió en 1844 destaca el de «una fuerza de policía eficaz» (1); pero incluso este autor cae en distorsiones poco acordes con sus reconocidas dotes cuando insiste en que la Guardia Civil es una simple «copia de un modelo francés» (2) o cuando se refiere, como a cosa sabida, a que «la impopularidad posterior del Instituto fue inevitable» (3). ¿Para quién ha sido impopular la Guardia Civil a lo largo de su siglo y cuarto de existencia, el período más agitado y trágico de la historia de España? La respuesta a esta cuestión aclararía sin duda muchos problemas históricos, sumergidos hasta hoy en la maraña de conformismo y de tópicos que creemos ha sonado la hora de desentrañar.

Los historiadores contamos para esta tarea ineludible con una ayuda providencial: los trabajos del Centro de Estudios Históricos de la Guardia Civil,

(1) Carr, Raymond.—España, 1808-1936. Barcelona, Ariel, 1968, p. 232.

(2) Carr, *ibíd.*

(3) Carr, p. 233.

que gracias a la previsión de los jefes del Instituto y a la capacidad de la persona a quien se ha encargado semejante trabajo, el teniente coronel Francisco Aguado, puede ofrecer ya un corpus documental suficiente —e imprescindible— para iniciar el desmonte de tantas posiciones demasiado fácilmente encastilladas entre la superficialidad y la cobardía histórica. A la vez que van apareciendo los primeros estudios dignos de tal nombre —recibidos en el mundo de la historiografía española contemporánea con la sorpresa que puede imaginarse— la ciencia política tiene que aprovechar inmediatamente las nuevas perspectivas para trazar desde las nuevas bases que está poniendo a nuestra disposición la historia auténtica un primer esbozo de estudio institucional desde el que puedan aplicarse, con fundamento objetivo e independiente de antipatías y simpatías, de modas o intuiciones personalistas basadas simple y arbitrariamente en la experiencia de cada autor, las categorías de la sociología política moderna. Cualquier aproximación a la historia y a la sociología de la Guardia Civil que no se funde en una actitud científica está condenada a alinearse entre los tópicos nacidos de la superficialidad o las deformaciones producidas por una propaganda histórica inspirada desde fuentes inconfesables.

## II.—LA DIALECTICA EJERCITO-PUEBLO EN LA ESPAÑA CONTEMPORANEA.

Hace solamente cuatro años, un centro de propaganda editorial en lengua española y dirigido a España, aunque prudentemente radicado en París, la editorial *Ruedo Ibérico* —que sin exageraciones puede etiquetarse como núcleo de inspiración e irradiación comunista, con diversos matices— convocaba a sus colaboradores habituales y a posibles intelectuales adictos para redactar un estudio histórico-sociológico acerca de la trayectoria contemporánea de las Fuerzas Armadas españolas. A pesar de que *Ruedo Ibérico* no suele distinguirse por el rigor histórico que exige a sus colaboradores —gracias a lo cual hemos sugerido en más de una ocasión un homenaje nacional de desagravio para don Ramón María del Valle Inclán, cuyo título ha sido utilizado tan tristemente por ese centro que se titula nada menos que «de oposición total»— ninguno de los numerosos estudios presentados a la convocatoria alcanzó un nivel superior al de la caricatura; y el difundido «almanaque» propagandístico que se montó a finales de 1966 quedó desprovisto de uno de sus principales alicientes. No es extraño este fracaso. Los estudios de sociología militar son siempre muy difíciles y en España apenas podrían señalarse en lo que va de siglo dos o tres intentos dignos de estima y que hayan superado el paso de los años. Ciertamente que la reciente obra del profesor Stanley G. Payne (4) abre numerosos caminos, pero en general su carácter introductorio la convierte

(4) Payne, S.G.—Políticas and the military in modern Spain, Stanford University Press, 1967.

en una proposición más que una resolución de problemas históricos, al lado de los cuales quedan solamente sugeridos los problemas sociológicos.

Creemos que todo estudio profundo de la trayectoria histórica de las Fuerzas Armadas españolas —en su sentido más amplio— debe tener en cuenta un planteamiento dialéctico muy descuidado bajo una verdadera hecatombe de tópicos: la dialéctica Ejército-pueblo. Los autores enfrascados en una concepción simplista y propagandística del Ejército español no pueden comprender cómo unas Fuerzas Armadas que durante todo el siglo XIX forman el apoyo principal y hasta el caldo de cultivo de progresismo y liberalismo, hasta convertirse en impulsoras, total o parcialmente, de fenómenos históricos tan interesantes como los de 1820 y 1868 —para no citar más que dos ejemplos— aparecen por arte de magia en los comienzos del siglo XX como paladines del conservantismo y poco menos que trinchera de la reacción sistemática. Pero es que los movimientos encontrados de opinión política que surgen —no siempre con claridad de objetivos ni de métodos— en la resaca del Desastre de 1898 y de las sucesivas etapas de la guerra de Africa, enmascaran bajo fachadas brillantes e incompletas, una serie de factores históricos mucho más profundos bajo los que se escapa el verdadero conocimiento de la verdadera actitud de las Fuerzas Armadas españolas frente a los problemas agónicos de tránsito entre el Antiguo régimen y la España que quería convertirse en un país moderno. Ni al Ejército del siglo XIX se le puede sin más catalogar como «liberal», en el sentido simplista de la palabra, ni al Ejército de la Restauración se le puede encasillar como sencillamente «conservador». No se ha comentado suficientemente el impacto que la «nueva ola» de la intelectualidad militar a comienzos del siglo XX sintió ante la aparición en el horizonte político e histórico español de las nuevas clases, abandonadas por la Iglesia y encuadradas con gran sentido del oportunismo y la realidad política entre las nuevas formaciones de los movimientos obreros. Basta sugerir que uno de los puntos de vista sociológicos más interesantes de la primera mitad del siglo XX en España, y expuesto con un sentido profundamente progresista, profundamente popular es el del entonces capitán don Joaquín Fanjul Goñi, cuya intuición básica es reafirmar el carácter popular de las Fuerzas Armadas españolas. Un Ejército «que del pueblo sale y al pueblo se debe» —como afirmaría años más tarde el general Emilio Mola para justificar la inhibición política de las Fuerzas Armadas en el cambio de régimen de 1931— se encuentra de tal manera identificado con el pueblo del que procede y al cual sirve, que siente como propios todos los movimientos íntimos y toda la tragedia de ese pueblo que, cargado con la historia más gloriosa de Occidente, no acababa de encontrar, en los albores del siglo atómico, el lugar de paz y de prosperidad a que creía tener derecho por su ejecutoria y su profundidad histórica. El error teórico de don Manuel Azaña —muy anterior a todas sus aberraciones estructurales y personalistas— es ha-



Un Ejército "que del pueblo sale y al pueblo se debe".—Guardia Civil auxiliando a los afectados del terremoto de enero de 1885 en Alhama de Granada.—Grabado de la época.—Archivo Gráfico. Centro E. H. G. C.

ber adoptado, seguramente sin pretenderlo, una concepción sobre la realidad de las Fuerzas Armadas españolas —a las que consideraba como superestructura falsamente adheridas a las corrientes populares de la Nación— que no era una concepción liberal, sino una concepción prácticamente marxista; ante la evidencia de los datos no nos preocupa demasiado atribuir esta etiqueta a un hombre que en su intención y en su actitud posterior no puede ser motejado, por supuesto, de marxista.

Al pretender la reforma del Ejército como entidad superpuesta, contrastante, y hasta hostil al pueblo español, don Manuel Azaña hirió simultáneamente a ese pueblo cuyas profundas raíces militares había dejado de comprender ya en sus estudios —por lo demás tan sugestivos— sobre política militar francesa de 1918; y si un intelectual que había dedicado tantas horas a la meditación sobre las cosas de España pudo incurrir en semejante aberración, puede calcularse el despeñadero al que los tópicos y las aplicaciones superficiales de la dialéctica marxista han conducido a otros intérpretes de la Historia menos dotados que el político de Alcalá de Henares. Para no citar más que un ejemplo hiriente, asombra contemplar cómo se repite por unos y otros la absurda contraposición Ejército-pueblo para explicar un fenómeno

tan complejo como el del Alzamiento nacional de julio de 1936. Si de verdad se hubiesen enfrentado las Fuerzas Armadas de la Nación contra la nación inerme —como pretende todavía la propaganda orquestada en torno a nuestra guerra desde centros semejantes al que acabamos de citar—, la guerra civil española hubiera terminado quizá antes de los «tres días de julio» que la iniciaron. Por el contrario, el conjunto de las instituciones militares estaban tan enraizadas en la entraña del pueblo español que siguieron a éste en el proceso de desgarramiento y de enfrentamiento iniciado muchas décadas —tal vez más de un siglo— antes y que culminó en el choque de esos «dos entusiasmos» de que habla certeramente Raymond Carr: la participación íntima de las Fuerzas Armadas en la vida del pueblo español se transfiguró en 1936 en participación en la tragedia. Cualquier otra concepción que trate de presentar el estallido de nuestra guerra como un planteamiento de «buenos y malos» pudo ser necesaria en su momento, pero no resiste ni las exigencias de la historia auténtica, ni la crítica del análisis histórico, ni las demandas de las nuevas generaciones de españoles insatisfechas con explicaciones que solamente tienen en cuenta la mitad de la verdad.

En el centro de la dialéctica Ejército-pueblo surge ante el sociólogo de la política y de la historia de España esa noble institución única que se llama Guardia Civil. Que es, ante todo, dejémoslo bien claro, una institución profundamente española, de origen y de ejercicio, sin que su pretendida inspiración ultrapirenaica vaya más lejos de las modas —efímeras— de unos uniformes iniciales. Todo es español en el nacimiento de la Guardia Civil. Sus antecedentes, que se remontan nada menos que al siglo XI y se renuevan en la decisión de los Reyes Católicos de 1476, a la vez que se extienden mediante los Cuerpos regionales de seguridad hasta todos los confines de la España una y múltiple; su inmediata aceptación y extensión a todo el territorio de la Península y de Ultramar; su fulgurante inserción en la vida, las costumbres y la historia de España; hasta su leyenda y su anécdota fundacional, entre las aventuras serranas del general Narváez y el asombro de la reina niña Isabel ante la aparente contradicción de un Cuerpo militar que se llamaba civil. Y si todas las Fuerzas Armadas españolas no pueden comprenderse sin su vinculación popular en cuanto al origen, en cuanto a la comunidad de vida y de vivencia, en cuanto a los objetivos comunes, la Guardia Civil es, en su misma intuición creadora, un fenómeno popular expreso y concentrado; una depuración de lo más permanente —que no quiere decir retrógrado ni estático— que tienen las cualidades auténticas del pueblo español vertidas en el servicio a la tradición de ese pueblo de cara a las nuevas exigencias y a los nuevos problemas que iba a traer consigo la entrada de España en el mundo de verdad contemporáneo.

De ahí nace la esencial *popularidad* —en el sentido más noble, más etimológico de la palabra— que desde sus comienzos España ha reconocido en su Guar-

dia Civil. Claro que la Guardia Civil no goza de popularidad entre los sujetos pasivos o presuntos de la Ley de Vagos y Maleantes, entre los delincuentes rurales y urbanos, entre los contrabandistas, entre los enemigos del Estado y de la sociedad, a los que parecen agregarse en extraño coro tantos pretendidos intelectuales extranjeros, apoyados en el silencio culpable o en la calumnia versificada de algún intelectual español. Pero los aplausos que rubrican el paso de la Guardia Civil en los desfiles militares —un paso tan rítmico como el de los cadetes, pero con un eco de madurez que trae recuerdos de jaras perdidas y de noches en blanco— nos dan ya una aproximación externa de la verdadera popularidad del Instituto. Y la estima unánime, exteriorizada de mil maneras, ante la eficacia y la elegancia autoritaria de las parejas de Tráfico; y hasta la petición de una parte de la Prensa para encargar a la Guardia Civil —nueva abogada de los imposibles— la solución de los nuevos problemas del tráfico urbano.

En un plano todavía más profundo, el sociólogo de la Historia tiene que explicar satisfactoriamente la *permanencia* de la Institución en medio de un panorama tan cambiante como es el de la España contemporánea. Raymond Carr, el gran historiador de Oxford, acaba de verlo claramente.

«Los oficiales y los números no podían ser naturales de las regiones en que desempeñaban su servicio, disposición que dio al traste con la corrupción y la influencia local y que impidió que una fuerza militarizada degenerase hasta convertirse en una máquina de partido... Así, aunque en sus orígenes representó la decisión moderada de eliminar la milicia progresista, la Guardia Civil se convirtió en instrumento de la Ley y del orden por encima del partido que la había creado y como tal fue aceptada por los progresistas en 1854.» (5)

Es, en efecto, la Guardia Civil, una de las escasísimas instituciones que el siglo XIX ha legado al siglo XX en España; su permanencia y su vitalidad se han evidenciado en el aumento de sus plantillas y en el aumento de sus atribuciones. Los 14 Tercios y 5.769 miembros de 1844 se han transformado en las 60 Comandancias y 57.000 hombres de 1969.

Identificada con todos los grandes momentos de la Historia de España, esa historia no puede comprenderse sin mantener en un plano operante —que no siempre es el primer plano, porque la Guardia Civil es todo menos un Cuerpo exhibicionista— a la gran institución cívico-militar. Esa identificación popular de la Guardia Civil se pone todavía más de manifiesto en las grandes crisis del pueblo español. Para ceñirnos a las del siglo XX, ¿quién podría explicar sin el análisis de la actuación de la Guardia Civil los sucesos de 1909, de 1917, de 1923, de 1931? Y llegamos a un punto sumamente delicado, que ni siquiera los comentaristas afectos a la propia Guardia Civil explican siempre con la cruda claridad que nos parece necesaria. Se trata de la actuación del Ins-

(5) Carr, op. cit. p. 233.

tituto durante la guerra de España de 1936-39. Fue norma seguida sin excepciones por los contendientes la supresión pura y simple de las instituciones que no consideraban adictas. Pues bien; ni siquiera en este caso se atrevió ninguno de los dos gobiernos en pugna a suprimir la que ya estaba a punto de convertirse en Institución secular. Ciertamente que en el bando gubernamental se transfiguró la Guardia Civil en Guardia Nacional Republicana; pero las nuevas promociones de historiadores, empeñadas en la noble tarea de fundamentar históricamente la reconciliación nacional absoluta, al reconocer la actuación decisiva de la Guardia Civil en los episodios más gloriosos del vencedor —Oviedo, Toledo, Virgen de la Cabeza— no pueden silenciar el sacrificio de «la otra» Guardia Civil, que luchó en el bando enemigo por falta de coordinación en la etapa conspiratoria, por obediencia a sus jefes, por deseo, que desde el bando opuesto se juzgaría equivocado, de obedecer las órdenes del Gobierno, por escarmiento de la aventura del Diez de Agosto... La serenidad histórica ha de tratar de comprender también a esos jefes y a esos hombres que no empuñaron las armas para servir a ambiciones personales y que, como los que luchaban en el bando opuesto, supieron morir con el nombre de España en los labios. Dentro de nuestras ideas sobre el enraizamiento popular de la Guardia



“Un paso tan rítmico como el de los cadetes, pero con un eco de madurez que trae recuerdos de jaras perdidas y de noches en blanco”.—Foto Comandante Hortiguëla

Civil, la guerra civil española es a la vez Cruzada y tragedia; si España entera se dividió en la crisis más honda de su historia, no pudieron salvarse de esa crisis unos hombres que estaban tan dentro de España como los hombres de la Guardia Civil. No por falso irenismo, sino movidos del más puro sentido histórico, estamos obligados a reconocerlo así.

### III.—JALONES HISTORICOS PARA UN ESTUDIO SOCIOLOGICO.

«La historia del siglo XIX y de lo que va del XX —ha escrito Salvador de Madariaga (6)— es la historia de los esfuerzos que hace el pueblo español para dárse nuevas instituciones sobre las ruinas de las viejas.» Ya sabemos que en el caso de la Guardia Civil no hay que edificar sobre ruinas; a ella pueden aplicarse las certeras palabras de uno de los creadores de la sociología política contemporánea, el profesor Maurice Duverger: «La estabilidad, la duración y la vinculación a un modelo estructural engendran el sentimiento de legitimidad» (7). Desde esta profunda base de legitimidad —origen y ejercicio, sentimiento y sobre todo sentido comunitario— podríamos trazar las líneas directrices de una sociología histórica de la Guardia Civil española. El empeño es demasiado arduo para encerrarse en los estrechos límites de este trabajo, en el que debemos contentarnos con algunas sugerencias en torno a un tema tan apasionante.

Para completar lo anteriormente indicado sobre la *especificidad española* de la Guardia Civil no hace falta insistir más en su vinculación militar, pero son necesarias algunas precisiones sobre su sentido humano. Representantes absolutos de la autoridad del Estado y de la ley en horizontes a veces ilimitados, los hombres de la Guardia Civil no ejercen su poder de forma arbitraria ni despectiva, sino a través de un hondo humanismo que parecè brotar de la entraña de las tradiciones del Cuerpo y constituye uno de sus mayores misterios para los observadores amigos y enemigos. «Si no bastan los medios que le dicte la prudencia —ordena el Reglamento— restablecerá a viva fuerza el imperio de la Ley.» He aquí el primero de una serie de equilibrios en los que vemos resumido el humanismo de la Guardia Civil. El equilibrio entre la prudencia y el deber; entre la ley y el respeto a la persona humana del delincuente. ¡Cuántas veces «bastan los medios que dicta la prudencia» para que hombres de gran nobleza, pero de instrucción y cultura limitadas, salgan airoso de pruebas difíciles, resuelvan sin más testigos que su conciencia problemas delicados que harían vacilar a autoridades superiores, a profesionales del Derecho! Los archivos de partes de la Guardia Civil, los informes de los comandantes de puesto, las declaraciones de innumerables denuncias de tráfico, rebosan con

(6) Madariaga, S. de España, Buenos Aires, ed. Sudamericana, 1962, p. 80.

(7) Duverger, M. "Sociología política." Barcelona, Ariel, 1968, p. 29.

frecuencia de este imponderable sentido del equilibrio humano entre la fuerza y la ley, entre la prudencia y la energía.

Un segundo equilibrio íntimo que para la Guardia Civil no presenta jamás problemas insolubles: el múltiple sistema de dependencias del Instituto respecto de tres Departamentos ministeriales —Ejército, Gobernación, Hacienda—. Un esquema de prioridades claramente diseñado —primero la defensa nacional, después el orden, luego el Fisco— no sería suficiente para desplegar unas continuas realizaciones de coordinación y eficacia sin un nuevo derroche de prudencia y de humanismo en las zonas de fricción y de competencia entre los tres poderes. Nuevo ejemplo que puede ofrecer la Guardia Civil a un pueblo cuyas estructuras estatales y administrativas se resienten tantas veces de falta de coordinación, de invasiones y celillos entre los diversos estratos del poder.

El teniente coronel Gárate Córdoba, en su excelente resumen sobre la historia y la organización de la Guardia Civil española (8), ha simbolizado el sentido humano de la Guardia Civil en el tricornio, la pareja, y la Casa-cuartel. De los tres símbolos —una característica institucional de la Guardia Civil es que suele escogerse sus símbolos entre sus realidades vitales—, el más humano, el más profundo es sin duda el de su unidad militar básica: la pareja. Es increíble que el andar lento y sereno de estos guardianes del orden y la paz de España a un lado y a otro de todos nuestros caminos, en silencio, sin término, no haya producido aún la floración literaria y poética que desborde los estrechos y torcidos cauces por donde hasta el momento ha discurrido una perezosa creación literaria incapaz de mirar a lo alto para recortar en la vertiente o en el acantilado o en el mogote fronterizo la doble y noble silueta de las parejas de la Guardia Civil.

Después de tantas tempestades políticas que han pretendido implicar, en sentidos contradictorios, la esencia del pueblo español, ese pueblo español que anduvo en boca de todas las propagandas sigue siendo quizá el gran personaje desconocido de la historia contemporánea española. No puede sin más atribuirse al pueblo español la actuación parcial y controlada de algunos de sus sectores clasistas o regionales; en otra ocasión hemos denunciado la inflación artificial que algunos partidos obreros —dominados, como acertadamente notaba Angel Pestaña en 1936, por hombres y por ideas que nada tenían que ver con el pueblo— precisamente para dar una impresión numérica y estadística que disimulase su verdadera representatividad, mucho menos considerable. Hay momentos en la historia en que de verdad aflora lo que es el pueblo español, que se marca su propia ruta histórica derribando si es preciso las estrechas andaderas que le imponen sus dirigentes. Uno de esos momentos fue el de 1808; otro de esos momentos fue, sin duda, 1936, tras la fugaz ilusión de 1931. Para quien conoce de cerca la vida de la Guardia Civil, e incluso para

(8) En el artículo "Guardia Civil" de la "Enciclopedia de la cultura española." Madrid, Editora Nacional, 1963.



"Unas fronteras vigiladas por ella con tanto celo y tanta eficacia".—Foto Archivo Gráf. C. E. H. G. C.

quien ha tomado contacto con el Instituto en algunos momentos difíciles o dramáticos de la vida, la Guardia Civil aparece como una especie de laboratorio, extendido por todo el mapa de España, donde a diario se confrontan y se depuran las esencias históricas del auténtico pueblo español. De ahí la nobleza congénita de unos hombres que se enfrentan con problemas imprevistos y a veces gravísimos sin más guía que su Reglamento y su clara escala de valores sociales y humanos; de ahí el espíritu permanente de servicio en un mundo atolondrado donde la conveniencia inmediata y material es generalmente el único objetivo de la actividad y de la vida. Situados por vocación y por deber en el centro de las rutas del comercio, del placer, del egoísmo, del dinero, de la subversión y del crimen, la Guardia Civil ha sabido encontrar en su Reglamento, en su organización y sobre todo en su espíritu el engarce con la roca viva de la verdadera tradición española. Sus hombres son hombres del pueblo, que con su sola presencia —la visible y la invisible— dictan diariamente una inmensa lección de civismo a un país que tanto necesita de esa lección.

Un sociólogo de la Historia no puede dejar de anotar el tremendo potencial informativo de la Guardia Civil, que a través de unos 6.500 observatorios privilegiados forma diariamente una imagen exacta, cargada de detalles, analizadora de los síntomas y de los movimientos sociales, reveladora de las tenden-

cias y de las orientaciones que surgen de la misma entraña de nuestro pueblo y de los grupos que pretenden, sectorial o globalmente, cualquier tipo de mediatización o de actividad sospechosa. Esa riada diaria de informaciones, que quienes conocemos a la Guardia Civil sabemos que va mucho más lejos de la simple relación superficial de crímenes o de accidentes o de infracciones fiscales y fronterizas, supondría en manos menos consagradas por el servicio a España una fantástica fuente de poder y de influencia social. Pero no hay peligro; esa información va a parar a uno de los centros de control social y de poder social más equilibrados, más identificados con el espíritu absoluto del servicio, más serenamente comprensivos con la debilidad humana y a la vez con las exigencias implacables que marca una tradición más que secular de vigilancia permanente, de sacrificio renovado hora a hora en el silencio de mil caminos y de mil misiones. Entre los muchos pequeños misterios que componen juntos el gran misterio institucional y sociológico de la Guardia Civil, el historiador que observa desapasionadamente su actuación en medio de los conflictos de miseria y de egoísmo entre los que se mueve el Instituto tiene que destacar éste: cómo puede la Guardia Civil mantener su equilibrio, la rectitud de su camino, la enorme ilusión colectiva y vocacional de sus casi sesenta mil hombres con un porcentaje tan escaso de defecciones y de caídas, con una visión a la vez idealista y realista, sin más norte que el servicio caballeroso y sacrificado a España en medio de los caminos y los problemas encontrados por los que circula, bajo su mirada atenta, la vida española de cada día y cada noche, y cada mes, y cada año, y cada gobierno, y cada régimen.

Con estas sencillas consideraciones, surgidas apresuradamente con el deseo de colmar provisionalmente un vacío lamentable que la historia monográfica y el análisis sociológico habrán de superar definitivamente, este historiador no ha querido sumarse solamente a esos aplausos agradecidos que acompañan a la Guardia Civil en las paradas militares. Tampoco ha pretendido sino salir al paso de la ofensiva de incompreensión y de silencio que sufre desde hace decenios la Guardia Civil española por parte de un interesado sector de la historiografía universal sobre la España contemporánea. Ha intentado, sobre todo, presentar las perspectivas amplias y urgentes que el sociólogo de la política y de la historia no podrán descuidar nunca en la fase de montaje de sus análisis institucionales si no quieren seguir dejando a sus conclusiones privadas de una base imprescindible, y sumergidas, por lo tanto, en el tópico y en la repetición inconexa de errores y de desenfoces que ya se van convirtiendo en inadmisibles incluso desde un puro y desinteresado punto de vista intelectual.